





EL RASTRO DE LA TRAICIÓN



Jesús A. Losana

EL RASTRO DE LA TRAICIÓN



Primera edición: mayo 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús A. Losana

ISBN: 978-84-18250-52-1

ISBN digital: 978-84-18250-53-8

Depósito legal: M-11338-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Isaac y Luis, respuestas a mi existencia



AGRADECIMIENTOS

A mis dos grandes compañeros de viaje; a Luis por su inestimable apoyo y ayuda en todo el proceso de esta historia, y a Isaac por su seguimiento y valiosa información sobre fármacos y otras sustancias.

Una gratitud muy especial a Araceli de la Cruz por conseguirme esa moneda tan valiosa llamada tiempo.

Mis más cordiales agradecimientos a mis informadores en protocolos legales e informáticos, Pilar Revilla y Toni Escudero, y a todos los guardias civiles y policías nacionales que me han asesorado en los procedimientos y datos técnicos. Muy en especial al cabo primero Rubén Martínez de la Casa y al teniente Valentín Martínez-Reche. Muchas gracias por estar ahí siempre que os he necesitado.

Quiero mostrar mi gratitud a Juan Antonio Losana, Teresa Jiménez, Domingo Sobrino, Rosa María de la Cruz, Antonio Escudero, Marilu Losana, Begoña Peñaranda y Rosa María Losana, por vuestra analítica y valiosos puntos de vista.

Y termino dando mi más sincero agradecimiento a mi verdadero jurado... mis lectores. Gracias a todos y a cada uno.



*Lo que de la boca sale, lo maneja la mente.
Lo que los gestos muestran, proviene del alma*



Capítulo 1 / 1ª Parte

—¡No, señora! Esa gestión no se la puedo hacer por teléfono. Para realizar ese tipo de operaciones tiene usted que acercarse a la sucursal. Que tenga un buen día —colgó el teléfono con gesto de hartura—. Vaya mañana que llevo hoy —añadió alzando su mirada hacia un reloj que colgaba del techo—. Y eso que todavía son las diez.

El guardia de seguridad, con el que compartía el mostrador de recepción resopló antes de intervenir.

—Paciencia, Marisa —dijo sin apartar la mirada de los documentos que estaba manipulando.

—Si tengo mucha paciencia —cambió a un gesto más afable—. Pero estas personas mayores que no se enteran de lo que les dices, me vuelven loca. Piensan que no tenemos más clientes que ellos.

El otro guardia de seguridad, que estaba paseando de un lado a otro de la sucursal bancaria, se acercó al mostrador de información que se hallaba en medio de aquel extenso local.

—Pues sí que hay gente hoy, ¿no? —preguntó para abrir un tema de conversación.

Ambos levantaron la mirada y la dirigieron con pereza de derecha a izquierda.

—Estamos a últimos de mes —resaltó Marisa la obviedad sin dejar de teclear en su ordenador.

El guardia apoyó su codo en el mostrador y miró lentamente de un lado a otro del local, tapándose la boca para disimular su largo bostezo, que no era de sueño sino del tedio que lo invadía.

—Para estar casi en marzo, vaya helada que ha caído, ¿eh? —insistió el guardia tras unos segundos de silencio, tratando de tener algo sobre qué conversar.

—A mí me lo vas a decir —respondió su compañero sin levantar la mirada—. Me ha costado un riñón raspar la luna del coche.

En ese instante sonó el timbre de la puerta de acceso, que se hallaba de frente al mostrador de recepción. Los tres dirigieron lentamente la mirada hacia el *hall* de entrada, que era un habitáculo acristalado que daba acceso al local por el lado derecho.

—Otros dos vejetes a por la paguita —pensó en voz alta el guardia del mostrador mientras pulsaba el interruptor que desbloqueaba la puerta.

Ante la mirada momentánea de los allí presentes, los dos ancianos entraron con paso lento, ya que uno de ellos, además de tener una prominente chepa, iba cojeando. Al traspasar la puerta lateral del *hall*, unos biombos publicitarios que dividían parcialmente el ala derecha de la sucursal les dirigían hacia el mostrador de información. Los ancianos, agobiados por el calor que hacía allí dentro, sin quitarse los guantes comenzaron a desabrocharse lentamente los botones de sus abrigos de paño. Parecían desorientados, pues no dejaban de mirar hacia ambos lados como si no supieran a dónde ir.

La sucursal era considerablemente grande, daba a tres calles y casi toda su fachada estaba acristalada. Situándonos de frente al mostrador de información, el local se dividía en dos partes: a la derecha al fondo estaba el mostrador de caja que ocupaba casi todo el ancho del habitáculo, y a ambos laterales había una fila de sillas modulares para los clientes; al fondo a la izquierda se hallaba la oficina del director que daba a la fachada lateral, y paralelas a este despacho se situaban varias mesas de atención al cliente, cerradas en sus laterales por paneles divisores.

Una vez que terminaron de desabrocharse sus largos abrigos, con un movimiento brusco los abrieron, mostrando varios cartuchos de explosivos adosados a sus cuerpos. Uno de ellos sujetaba fuertemente con el dedo pulgar de su mano izquierda un interrup-

tor de pera, que estaba unido al artefacto por un cable, mientras que con la derecha apuntaba hacia todos los lados con su pistola. Al mismo tiempo el otro viejo sacó del interior de su abrigo una escopeta repetidora, dejando ver otro cinturón de explosivos.

—¡¡¡No moverse nadie!!! ¡¡¡Los que están dentro de mostradores que salgan con manos en alto y todos al suelo!!! —gritó con un fuerte acento norteafricano el atracador de la pistola, antes de verse encañonados por los guardias de seguridad.

—¡¡¡Tiren las armas!!! —chilló uno de los guardias saliendo de detrás del mostrador—. ¡¡¡No dudaremos en disparar!!! —añadió quitando el seguro a su revólver, con las manos temblorosas.

De manera frenética, cada guardia apuntaba a un atracador. En ese tenso momento el desenlace era imprevisible. Aunque el delincuente de la escopeta, como si ese inquietante momento no fuera con él, con movimientos espasmódicos no dejaba de apuntar a los clientes y empleados de ambos lados de la sucursal para que saliesen y se echaran al suelo. Instrucciones que daba moviendo bruscamente el cañón de su escopeta.

—¡Eh, eh... quietos! —gritó el primer atracador refiriéndose a los guardias—. ¿Vosotros sabéis qué es esto?! —preguntó con cierta chulería señalando con la pistola los explosivos que llevaba adheridos al cuerpo, a la vez que les mostraba el pulsador que mantenía presionado con el dedo pulgar—. Esto es un interruptor que si yo suelto..., porque me disparéis, porque me caiga o porque me infléis los huevos, ¡¡bum!! —vociferó.

Ante esa fuerte onomatopeya, los allí presentes se estremecieron soltando ahogados gemidos de angustia, mientras los guardias permanecían en la misma posición.

—¡Así que, si quieren que todo salga volando por los aires, hagan una sola tontería! —advirtió e hizo una ligera pausa—. Y si no, ¡¡¡tiren cartucheras de una jodida vez!!! —volvió a gritar con acento norteafricano. Seguidamente, empezó a acercarse con movimientos compulsivos de la pistola, presionándolos para que se desarmaran.

Los guardias rápidamente sopesaron las pocas opciones que les quedaban. El que salió del mostrador cruzó la mirada con su compañero y apesadumbrado asintió levemente con la cabeza.

—Vale..., vale, tranquilícese —dijo el vigilante, mientras que con sumo cuidado y sin dejar de mirarles a los ojos, ambos dejaban los revólveres y las cartucheras en el suelo. Acto seguido levantaron las manos.

—¡Salga de detrás de mostrador! —ordenó a la recepcionista, que estaba aturdida.

En ese momento, el asaltante de la escopeta sacó del bolsillo interior de su abrigo un bote de brea en espray y recorrió con premura todas las cámaras de seguridad del local y del *hall*, pintando los objetivos. Terminado el proceso corrió hacia su punto de partida, con tan mala suerte que tropezó y se le cayeron las gafas, dejando a la vista de los guardias la evidencia de que no se trataba de un anciano. Puesto que quedó a la vista la cavidad que había entre la careta de látex y las cuencas de sus ojos.

—¡Mierda, joder! —exclamó cabreado.

Rápidamente se posicionó de cara a los biombos de la entrada para ocultar su cara, se quitó la careta de látex con rabia, se enfundó un pasamontañas y se volvió a poner las gafas. Después se dirigió jadeando a la posición de su compañero.

La situación de aquel momento era desquiciante debido a los llantos, los murmullos y al ruido de la centralita de telefonía, que no dejaba de sonar.

—¡¡¡Silencio..., cállense todos o hago explotar esto!!! —gritó desquiciado señalando los explosivos con su pistola.

En ese momento se hizo un silencio sepulcral, que solo lo rompía el intermitente timbre del teléfono, creando una excesiva crispación en los atracadores.

—¡Tú! —exclamó alterado señalando a la recepcionista—. Desconecta centralita... ¡Ya!

Marisa, temblorosa, desde el exterior se apoyó sobre el mostrador y pulsó un botón que hizo que automáticamente se silenciase.

Inmediatamente, con movimientos intimidatorios con la escopeta, uno de los atracadores hizo que se tumbaran en el suelo los dos guardias y la recepcionista. Su compañero cogió los revólveres, les extrajo todas las balas e introdujo todo en el paragüero que había al lado del *hall*. Luego corrió hacia la parte derecha del banco y blandiendo su pistola se asomó al interior del mostrador de caja. Después abrió de una patada la puerta de los servicios, y tras asegurarse de que no había nadie, echó un ligero vistazo a los rehenes, que horrorizados se apilaban en el esquinazo exterior del mostrador de caja.

Seguidamente se dirigió corriendo a la parte izquierda del local y se quedó parado un instante frente a la puerta del despacho del director. Sin soltar la pistola, abrió la puerta de golpe y entró a la oficina bruscamente, saliendo en pocos segundos de allí con el director y un cliente que encontró agachados detrás de la mesa del despacho.

—¡A ver, tú! —dijo en voz alta dirigiéndose al director—. Recorre todas las persianas de esa parte, ¡ya! Incluidas las del *hall* —añadió mientras obligaba al cliente a echarse al suelo.

Luego se encaminó hacia la mitad de la sucursal y dirigió su mirada hacia el lado izquierdo.

—¡Tú, la rubia! —exclamó, señalando a una empleada de la sucursal—. Recorre las de allí. ¡Rápido! ¡No tenemos todo el día!

Mientras los rehenes recorrían las persianas de lamas verticales, se acercó a uno de los guardias de seguridad y le puso la pistola en la cabeza.

—¿Hay alguien más en sótano o en otro lugar?

El guardia, confuso, miró a su compañero.

—¡No tengo todo el día! —volvió a intervenir, propinándole una fuerte patada en el costado.

—No..., no. No hay nadie más —contestó apresuradamente el otro vigilante.

—Espero que así sea. Porque si no... ¡¡bum!! —exclamó con gran énfasis.

Al oír ese grito, gran parte de los rehenes se estremecieron, soltando algunos asfixiados llantos.

—¡Silencio!! —volvió a gritar arrastrando todas las vocales—. Si obedecéis y no hacéis ninguna tontería, saldremos de aquí todos vivos. Pero si a algún iluminado se le ocurre hacer una gilipollez... , pensadlo antes, porque condenaréis a los demás. ¡¿Queda claro?! Nosotros no tenemos nada que perder. ¡Alá *is* grande! —exclamó con acento árabe.

La mayoría de los rehenes asintieron con la cabeza.

—Somos una célula islamista del MLA, movimiento de liberación de Al-Ándalus —dijo sin dejar de apuntar con la pistola hacia todos lados—, y solo queremos dinero para nuestros hermanos. Así que, si no hacéis tonterías, nos llevamos dinero de países capitalistas opresores y nos vamos. ¡¿Entendido?!

Los rehenes, temerosos, asintieron con la cabeza a la vez que los delincuentes adelantaron su posición hacia ambos lados sin perder de vista a los vigilantes.

—Ahora, sin movimientos bruscos, apagad móviles y echadlos hacia nosotros. No olvidar ninguno, porque ahora pasará mi compañero uno por uno para ataros manos y os registrará. Si alguno engaña a nosotros... ¡se llevará un desagradable recuerdo! —exclamó de manera amenazante.

En ese instante empezaron a rodar móviles hacia la posición de los atracadores, y estos con el pie los fueron apilando al lado del *ball*. Una vez terminado el proceso, el que llevaba la escopeta se acercó a su compañero.

—¿Cuántos son? —le susurró al oído.

—He contado 27 —contestó en el mismo tono—. Hay material suficiente, ¿no?

El segundo afirmó con la cabeza, mientras que de lo que parecía ser la chepa del falso anciano extrajo una mochila, y de ella sacó un manojo de capuchas y un puñado de bridas de plástico engarzadas de dos en dos en forma de ocho.

—Ahora Ibrahim pasará... —hizo una pausa mientras su compañero le lanzó bruscamente la mirada.

—¡Tú estás loco! —gritó con ira dirigiéndose hacia los rehenes.
—¡Joder! —respondió con rabia, a la vez que se pasaba con desesperación la mano por la cabeza—. Ahora vendrá mi camarada y les dará capucha. ¡Póngansela rápido!

Mientras se quedaba en posición vigilante, el otro se dispuso a repartirlas.

—¡Vamos, rápido... colóquensela! Cuanto antes terminemos antes se irán a casa —gritó el atracador haciendo bruscos aspavientos.

Una vez encapuchados, se colgó la escopeta en bandolera y comenzó a atar con bridas las manos de los rehenes a la espalda. Acto seguido, los fue separando en grupos para que no tuvieran contacto físico unos con otros.



Capítulo 2

Acompañado por la rutina y el desencanto, el teniente Román Medina se hallaba en su austero despacho que, aunque con la remodelación de las instalaciones de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial habían logrado cambiar su arcaico mobiliario metálico por uno de madera, su oficina carecía de cualquier tipo de ornamento que lo pudiese distraer de sus reflexiones. Pocos sabían cómo y de qué manera había conseguido que no le actualizaran la decoración, aunque se comentaba que se debía a su testarudez o por no tener que oír su cansino discurso. Que básicamente consistía en que perdía mucho tiempo en familiarizarse con los cambios, hasta poder obviarlos.

Las únicas cosas que le agradaban de aquella remodelación fue su mullido sillón de polipiel, porque como le pillaba de espaldas no tenía que perder el tiempo en visualizarlo, y su móvil de última generación que lograron cambiárselo por su anterior modelo de concha, y que curiosamente pasó de aborrecerlo a no poder vivir sin él, a pesar de haber perdido mucho tiempo en aprender a sacarle partido. En resumen, Román era un animal de costumbres con una extensa concentración de manías, y una de las más relevantes consistía en administrar su tiempo al máximo.

Llevaba un rato en su típica postura de reflexión; echado hacia atrás en su butaca de ruedas con las piernas cruzadas y meciéndose de un lado a otro, mientras que sin apartar la mirada de los documentos que tenía esparcidos de manera ordenada por su mesa, se atusaba su manido bigote bicolor. Posición que indicaba que,

aunque su físico permanecía en aquella oficina, su mente pululaba por otros lares.

Y es que, a pesar de haber transcurrido más de un año desde la conclusión de su gran caso, el intercambio de asesinatos, le resultaba prácticamente imposible dejar de pensar en los resultados, pues no fueron los esperados. Eso le hacía sentir una gran frustración, acuciada por la decepción de los recovecos legales y judiciales que permitían que ciertos delincuentes saliesen impunes de sus delitos. Recovecos que achacaba unas veces a beneficio de ciertas posiciones sociales y otras para evitar el enorme gasto que suponía al fisco la masificación en nuestros hoteles carcelarios con derecho a reembolso.

Estaba tan abstraído en sus pensamientos que al sonar su móvil se sobresaltó, alineando inmediatamente su mente con su cuerpo. Perezosamente se incorporó para mirar la pantalla de su impoluto teléfono y antes de descolgar lució una ligera sonrisa, al observar la procedencia de la llamada.

—¿Qué pasa, *Zarra*? Cuánto tiempo sin saber de ti.

—¡Eh! Vamos a llevarnos bien —respondió el interlocutor con retintín—. Que si te diriges a mí de esa manera yo tendré que dirigirme a ti como teniente *Roscas*. Mote que le hacía mucha gracia a tu compañera Elisa.

—Vale, vale. ¿Qué se cuenta don Mateo Cuesta, el reportero más dicharachero de la región? —dijo con sorna.

—Vale, vamos al grano —contestó el desaliñado periodista después de compartir unas sonoras carcajadas de complicidad—. Dime que no es verdad lo que he oído por ahí —soltó a bocajarro cambiando el tono de la conversación.

—Espera un momento —Román se levantó de la butaca y con paso largo se dirigió a la puerta, se asomó discretamente hacia ambos lados del pasillo y la cerró. Pues, aunque no sabía de cierto qué era lo que había escuchado, prácticamente lo intuía—. Dime, ¿qué has oído? —preguntó volviendo a su sitio.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó indignado—. ¿Es cierto que se ha sobreseído el caso del intercambio de asesinatos cuyo

cerebro fue Manuel Ripol? —preguntó con retórica—. ¡Vamos, no me jodas! —exclamó con claros síntomas de irascibilidad.

Se abrió un incómodo silencio que rompió Román tras efectuar un fuerte resoplido.

—Qué quieres que te diga —efectuó una pausa—. A nadie le gustaría más que a mí ver a ese embaucador entre rejas —contestó apesadumbrado—. Después de pasar meses recopilando información y declaraciones, el juez lo ha desestimado por falta de pruebas. Y la verdad, es que si examinas bien el caso no le falta razón. Solo le inculpaba la declaración de Roberto Bariego, el piloto. Y como sabes, lo encontraron muerto en la cárcel con tres heridas de arma blanca.

—¡Ya! Es difícil imaginarse cómo murió —exclamó con sumo sarcasmo—. Seguro que era tan torpe, que se cayó de bruces tres veces sobre el mismo pincho.

—Escucha, Mateo. Una cosa es... —dudó en terminar lo que pensaba— lo evidente y otra cosa son las pruebas. Lo mires por donde lo mires, las pruebas de las que disponemos son discutibles y rebatibles. Ten en cuenta que Ripol es un tipo inteligente y cauto, y así ejecutó su plan. Tiene coartada en todos y cada uno de los asesinatos, incluido el de David Colomer, el sicario —aclaró—. Su abogada asegura que estuvo con ella toda la noche.

—¿Y la vecina de Colomer, que lo vio salir del edificio en su moto? ¿Y la sangre de la cuartilla? ¿Y el tercer teléfono? —preguntó de manera tan rápida que le faltó aire para terminar la última pregunta.

Transcurrieron unos segundos de silencio hasta que Román le respondió.

—La vecina de David Colomer —contestó tras exhalar sonoramente el aire que llenaba sus pulmones— dice ahora que no recuerda bien los colores de la moto con la que salió de la escena del crimen y que podría haberse confundido. Ya sabes..., cuando le comunicas a una persona que tiene que declarar en un juicio le entra amnesia selectiva —explicó con ironía.

—Porque la habrán sobornado o intimidado —insinuó el periodista.

—Bueno —afirmó pasando de puntillas por esas posibilidades—. En cuanto a la sangre que se encontró en la cuartilla, él mismo alegó que le había salido de la nariz el día de la partida de póquer. Acuérdate, lo adelantó en la rueda de prensa de la que te echaron por preguntar cosas que estaban fuera del guion —sonrió ligeramente ante aquel recuerdo—. Y la huella en la que estaba impregnada, no era de él. En cuanto al tercer móvil y la pistola, nunca aparecieron.

—¿Y ya está?! ¡Vamos, que se va de rositas! —exclamó el periodista enojado—. Y todavía dando gracias a Dios que su partido le obligara de alguna manera a abandonar su cargo... porque él se negaba —añadió con una gran dosis de sátira, antes de efectuar un corto silencio para reflexionar—. ¿Sabes lo que más me jode de gentuza como esta?

—Tú dirás —respondió manteniendo la serenidad que le daba su cargo, mientras que con un bolígrafo dibujaba figuras geométricas sobre un papel.

—El daño que hacen a la democracia —hizo una pausa para tomar aire—. Estamos viviendo unos tiempos en los que la mediocridad política campa a sus anchas, debido a que entre ellos no eligen a los candidatos más preparados, sino por intereses o por manejabilidad. Una vez en el poder, su mediocridad los endiosa y así actúan: malversan, mienten, arruinan la economía y, en este caso en particular..., asesinan impunemente. Esto hace que el ciudadano dude de todos los políticos e instituciones y se radicalicen, votando a vendeducientos que se dedican en nombre de sus libertades unidireccionales a insultar impunemente valores, creencias e ideales de ciudadanos que no piensan como ellos, amparados en esa libertad de expresión que no toleran para ellos..., la intolerancia de los tolerantes. Una vez creada esa maquinaria, para seguir viviendo de las instituciones, su labor consiste en engrasar los rodamientos con odio, rencor y envidias, «a río revuelto, ganancia de pescadores».

—Mateo, que te veo —era una frase de aviso que arrastraba desde el instituto—. No te enciendas ni cambies de tema —intentó llevarle a la conversación que mantenían.

El teniente, que intuía que aún no había terminado, seguía con sus dibujos, aunque apretando cada vez más el bolígrafo, indicador del grado de estrés al que lo estaba sometiendo. Pues le solían enervar bastante las conversaciones relacionadas con la política actual y las ilógicas decisiones institucionales y judiciales. Román, en su mundo perfecto, tenía tan claras las soluciones que veía la incoherencia y la insensatez por doquier. Tardaba bastante en explotar con ciertos temas, pero cuando lo hacía, lo hacía por todo lo alto, por lo que trataba de no entrar en ese tipo de discusiones.

—Por no hablar de la prensa, ¿pero qué coño le pasa?! —continuó Mateo sin hacer caso a su amigo—. No es objetiva, beneficia a ciertos ideales o a lobbies que les benefician —se le oyó a Román resoplar a través del auricular—. Han pasado de puntillas por este gran escándalo y en su lugar se dedican a desarrollar y magnificar las noticias más absurdas y populistas. ¡Vamos! Cortina de humo para entretener a parte de la ciudadanía.

Después de esa intervención se generó un incómodo silencio, en el que Román pensó: «Y eso que es periodista». Momento después y tras recapacitar, Mateo se vio en la necesidad de disculparse por haber soltado tan encendido discurso, que estuvo fuera de lugar.

—Perdona, pero necesitaba desahogarme —se disculpó en un tono más suave—. Pero hemos luchado tanto para conseguir lo que tenemos que me da mucha rabia que, por culpa de unos sinvergüenzas, todo se vaya a la mierda.

—No tienes por qué disculparte, pero tampoco hay que generalizar —dijo Román, comprendiendo que era el fiel reflejo del malestar de la sociedad—. Volviendo a lo que nos ocupa —aprovechó rápidamente para cambiar de cuestión—. Lo peor del tema es que, aunque el juez ha aceptado a trámite el caso de corrupción sobre el despilfarro y malversación en la construcción de la nueva

estación del AVE, no tengo muy claro que haya pruebas suficientes que incriminen a Ripol y lo condenen. Ya que gran parte de la documentación que lo inculpaba —suspiró irónicamente— se quemó fortuitamente en el incendio del archivo.

—Tranquilo, que de esa no se libra ese bastardo —intervino el periodista seguro de sí mismo—. He recopilado la suficiente documentación, como para que lo encierren unos cuantos años.

—¡Zarra, eres un *crack*! —exclamó con enormes muestras de alegría—. Lo tendrás a buen recaudo, ¿no?

—Tranquilo, está en lugar seguro.

—¿De dónde la has sacado? —en décimas de segundo cambió el gesto. Se acababa de dar cuenta que dependiendo de la procedencia podría ver expuesta la validez de dichos documentos, por lo que rápidamente se retractó—. ¡Espera! Mejor no me lo digas. No quiero saberlo.

—Me quitas un peso de encima —contestó Mateo—. Porque tampoco pensaba contártelo.

—En fin..., si no tienes nada más que decirme te dejo, tengo muchas cosas que hacer.

—Espera. Hace tiempo que no veo al bombón de tu compañera, ¿por dónde anda?

—¿Te refieres a Elisa?

—¡No...! —exclamó alargando la vocal para hacerle ver el sarcasmo con el que iba a continuar—. A Calellas, ¡no te jode!

—Vale, vale. Está en la básica estudiando para sargento —contestó secamente—. Quizás no la vuelvas a ver, al ascender posiblemente perderá su plaza.

—Hubo rollo. ¿No?

—Lo tuyo es enfermizo —respondió intentando ocultar que le había molestado la pregunta—. Tienes deformación profesional y te quieres enterar hasta de lo que no te importa.

—¡Venga, Román! Que te ponía ojitos, que me di cuenta —dijo de manera pícaro—. Y contra ese cuerpazo no hay quien se resista.

Román empezó a ruborizarse interiormente, pues a pesar de su carácter extrovertido y comunicativo, en los temas sentimentales era bastante reservado.

—Mateo, que te veo —le advirtió con incómoda sorna—. Esta conversación está decayendo mucho. Ya te llamaré.

Después de colgar, sintió ese bienestar que produce el silencio tras un incómodo momento. Tras abrir la puerta de su despacho se sentó y volvió a apoyarse sobre el respaldo de su butaca luciendo una mueca de alegría, esperanzado por ver a Ripol entre rejas aunque fuera por malversación, en vez de por el intercambio de asesinatos que contrajo con el piloto y el empresario de Zaragoza. Luego volvió a su estado de reflexión y minutos más tarde, sin dejar de alternar su mirada entre los informes que tenía sobre su mesa, se incorporó bruscamente y gritó:

—¡Sergio!

—Un momento, ahora mismo voy teniente —se oyó desde el pasillo.

Sergio Córdoba era un cabo joven de unos 30 años, moreno, de 1,75 de altura y con unos anchos hombros desarrollados en un gimnasio. Era muy eficiente en el desempeño de su trabajo, aunque difícil de estresar. Se tomaba el tiempo necesario, nunca menos, para efectuar su labor, condición que a su superior le irritaba bastante, ya que era su antítesis.

Transcurrieron unos minutos hasta que el cabo apareció por la oficina con ambas manos metidas en los bolsillos.

—¿Ya? —preguntó Román con sarcasmo—. Creía que tenía que mandar a la Guardia Civil a buscarte.

—Es que estaba terminando de examinar la analítica de las epiteliales halladas en las uñas del marido —alegó sin un atisbo de preocupación.

—Pensaba que cuando ascendieses a cabo serías más rápido —añadió con una sonrisa burlesca antes de cambiar de conversación—. ¿Y bien?

—Pues que tenías razón. Los restos extraídos de las uñas del marido no contienen ADN de su esposa.

—Ahora tienes que cotejar el ADN del vecino con los pelos recogidos en el lugar de los hechos.

—Imposible, estaba de viaje —expuso Sergio a la vez que negaba con la cabeza.

El teniente, con gesto serio, lo miró fijamente a los ojos.

—Vale, vale. ¿Pido una orden judicial?

—A ver, criaturita —dijo pausadamente y con hastío—, primero le pides la muestra voluntariamente y si no quiere, que no va a querer..., pues ya conoces el protocolo. Por cierto, ¿qué dicen las epiteliales halladas en las uñas de ella?

—Todavía no tengo los resultados.

Sergio se disponía a salir del despacho cuando chocó de bruces con el comandante Ignacio Navarro, que trataba de entrar.

—Perdón —se disculpó forzosamente tras el encontronazo, retrocediendo para darle paso.

—Buenos días, comandante —saludó Román.

El comandante era una persona delgada y alta, lo que le hacía padecer de un ligero encorvamiento que intentaba disimular caminando lo más erguido posible. Postura que le hacía parecer una persona estirada y distante, sensación que acentuaba su agrio rostro. Aunque además de parecerlo, serlo lo era.

—Acercaos a la oficina principal del Banco Agralia, lo están atracando en este momento —soltó de manera sosegada—. Nos acaba de avisar una patrulla nuestra que se ha visto involucrada.

Román se levantó apresuradamente.

—Tened en cuenta que el caso es de la Policía Nacional. Nosotros solo vamos a ofrecerles apoyo siempre que lo necesiten. ¿Entendido?

Román se encogió de hombros y frunció la boca para resaltar la obviedad. Luego salió del despacho a paso ligero, acción no achacable a la urgencia de la noticia sino a su estresado carácter.

—¿Usted no viene? —preguntó a su superior desde el pasillo.

—No. La comandante sigue de vacaciones y me tengo que quedar aquí. Estoy al cargo de mi sección y de la vuestra, queda usted al mando del equipo.

Capítulo 3

Un momento después de encapuchar y maniatar a todos los rehenes, uno de los delincuentes se miró el reloj a la vez que se colocaba el pasamontañas y dedicó un gesto de complacencia a su compañero. Pues, aunque con la tensión del momento les diera la sensación de que habían pasado horas, tan solo habían transcurrido poco más de diez minutos desde que entraron. En ese instante sonó el timbre de la puerta de entrada.

—¡Silencio todo el mundo! —exclamó en voz baja el delincuente de la escopeta, y que, tras dirigir la mirada a su compañero, se escondió tras los biombos de publicidad que había frente a la puerta de entrada.

El otro atracador arrastró con celeridad a uno de los guardias hasta introducirlo dentro del mostrador, al otro lo levantó y lo sentó en su silla, e hizo lo mismo con la recepcionista. Les quitó las capuchas y cruzando el dedo índice en su boca, les chistó para que se mantuvieran en silencio.

El timbre volvió a sonar, generando nerviosismo y temor entre los rehenes.

—Abre la puerta —ordenó a la recepcionista mientras cortaba una de las bridas—. Y finge normalidad si no quieres que todo acabe aquí.

Con la mano temblorosa, Marisa pulsó el botón de apertura dando acceso a dos hombres de mediana edad. Los clientes, entretenidos en su conversación, bordearon el *hall* entre los biombos publicitarios y se dirigieron al mostrador de recepción.

—Creíamos que estaba cerrado —dijo uno de ellos dirigiéndose a la recepcionista, mientras el otro se quedó despavorido al mirar a su izquierda y ver a los rehenes encapuchados en el suelo.

—¿Pasa algo Marisa? —volvió a intervenir el cliente al ver que no le contestaba. Su compañero le tiró del brazo para que girase la mirada hacia la izquierda.

En ese mismo instante se vieron encañonados por la espalda por el atracador que se había ocultado en los biombos.

—¡¡¡Al suelo!!! ¡Túmbense con las manos atrás!

El primero se giró instintivamente.

—¡Pero oiga! —exclamó antes de recibir un culatazo en el costado que le hizo caer al suelo inmediatamente.

Tanto el guardia como la recepcionista se estremecieron al ver el golpe y agacharon su mirada ante la impotencia de no poder hacer nada.

—Vale, vale... tranquilo —dijo el otro cliente postrándose lentamente en el suelo mientras su acompañante se retorció de dolor.

En ese momento se empezaron a oír sirenas de policía que se iban acercando con rapidez. Sonido que generó murmullos y gemidos entre los rehenes.

Apresuradamente, el atracador los registró, les quitó los teléfonos y los arrastró hasta apoyarlos sobre el cristal del *ball*, de frente al mostrador de recepción. Allí los encapuchó y esposó mientras su compañero hizo lo mismo con el guardia y la recepcionista. Luego los sacó y apoyó en el exterior del mostrador de frente a los nuevos clientes.

—¡Silencio, joder..., o empiezo a matar gente! —gritó el asaltante de la escopeta con claras muestras de irascibilidad.

En ese instante se generó un silencio sepulcral, que tan solo lo interrumpía algún que otro entrecortado gemido.

—Sepáralos por grupos —ordenó el atracador de la pistola señalando a los rehenes de la izquierda. Orden que su compañero acató en el momento.